



REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Redondi, Pietro: *Historias del Tiempo*, Madrid, Editorial Gredos, 2010.**

**Aníbal Szapiro**

CONICET/UBA

*anibalszapiro@gmail.com*

**E**l título de este trabajo<sup>1</sup> de Pietro Redondi —profesor de Historia de la Ciencia de la Universidad de Milán-Bicocca y autor del polémico *Galileo herético*—<sup>2</sup> deja entrever su naturaleza; que sea *Historias del Tiempo* —y no *Historia del Tiempo*, menos aun *La historia del Tiempo*— es indicativo de su ambición: señalar apenas algunos trazos que ha dejado el tratamiento del tiempo en la cultura occidental con el objetivo de evidenciar algunos ejes y aspectos cruciales del tema.

Se trata de un libro que tuvo su origen en un curso de Historia de la Ciencia que Redondi ofreció en su Universidad, tal como lo advierte en su “Nota del autor”. Y el haber sido concebido en el marco de un curso de grado para estudiantes no especializados en ciencia o filosofía, es algo que se pone de manifiesto en su principal virtud (que podría ser considerada también su mayor defecto): el abordar de manera conjunta un heterogéneo y cuantioso volumen de fuentes y buscar con ello señalar niveles sumamente diversos sobre la problemática del tiempo. Y es una virtud porque si bien no ofrece más que una introducción a cada tema (dejando intacto el deseo de los

---

1 Traducción al español de Helena Aguilà de la primera edición original: *Storie del tempo*, Bari, Laterza, 2007.

2 *Galileo eretico*, Turín, Einaudi, 1983.

lectores con ambición de explorar con mayor profundidad y detenimiento algunos temas), permite al lego comprender el contenido y al especialista tomar contacto con niveles de análisis del tema que no sean los de su propia investigación.

El libro se encuentra estructurado en dos grandes secciones. La primera es un ensayo que, bajo el título “Naturaleza y cultura del tiempo”, sintetiza a través de distintos apartados cuestiones fundamentales sobre la concepción del tiempo a lo largo del desarrollo de la cultura occidental. La segunda sección —que ocupa dos tercios del volumen— está destinada a una antología de fragmentos de textos de distintos pensadores que tiene el propósito de permitir al lector tomar contacto directo con algunos aspectos de la evolución de la concepción del tiempo señalados por Redondi en la primera parte del libro.

Los tres apartados con los que comienza la primera parte del libro (“Demonio o ángel de la guarda”, “La línea y el círculo” y “El tiempo humano”) cumplen una función importante si se piensa que el libro está destinado al público en general: desnaturalizar la noción de tiempo tal como hoy lo concebimos en Occidente y señalar que nuestra concepción del tiempo es hija de una cultura que lleva siglos modelándose. Para lograrlo, el autor traza un conjunto de reflexiones sobre las formas en las que en la cultura occidental actual tendemos a concebir, medir y representar el tiempo, y evidencia algunos contrastes significativos con las formas antiguas de hacerlo. Todas las culturas arcaicas, señala, coinciden en una visión cíclica del tiempo que dista mucho de nuestra concepción lineal actual. Ambas concepciones, la del tiempo lineal y la del tiempo circular, tienen ascendente en la naturaleza, que nos ofrece ora la regularidad y el retorno (los días, las estaciones, los años), ora la linealidad (la vida, los recuerdos, la vejez). La pregunta de Redondi es entonces cómo y por qué la cultura occidental condujo a la concepción de un tiempo que es inequívocamente lineal, en el que existen un antes y un después absolutos.

La búsqueda de respuestas a este interrogante lleva al autor a transitar tres niveles de análisis diferenciados a partir de los cuales pueden apreciarse cambios en la evolución de la concepción del tiempo: el nivel de la elaboración científico-filosófica, el nivel de representación artística y el nivel técnico. Si bien el autor no propone estos tres niveles como espacios de indagación diferenciados, siempre es uno de ellos el que predomina en cada uno de los apartados

que completan esta primera parte.

Así, por ejemplo, el apartado “Meridianas y clepsidras” atiende sobre todo al último de estos niveles en la medida en que señala los primeros esfuerzos que egipcios, griegos y romanos hicieron para adaptar sus instrumentos técnicos de medición (como el *gnomon*, el astrolabio, la esfera armilar o la clepsidra) a los movimientos cósmicos que comenzaron a estudiar minuciosa y sistemáticamente. En este caso, el esfuerzo para desarrollar instrumentos que se adaptasen a los *irregulares* tiempos del cosmos en lugar de pretender que éstos se adaptasen a los instrumentos *regulares*, permite —según el autor— afirmar que las verdaderas horas para los antiguos eran las cósmico-naturales (reflejadas en las meridianas) y no las mecánico-artificiales (reflejadas en las clepsidras), lo que, en última instancia, nos daría cuenta de su concepción del tiempo. De igual naturaleza es la indagación a propósito del desarrollo de los relojes mecánicos presente en los apartados “Frenar, ajustar” y “Mecánica mística”, donde además de recapitular los desarrollos técnicos que condujeron al desarrollo de mecanismos para la medición del tiempo en el contexto medieval, reseña las principales tesis sobre las causas y las consecuencias de la incorporación de relojes públicos en distintas ciudades medievales.

Un ejemplo del uso de la representación artística como medio para la comprensión de la concepción del tiempo tiene lugar en los apartados “De Cronos al Padre Tiempo”, “El tiempo desciende la Tierra” y “Los trabajos y los días”. Allí Redondi realiza un estudio de la evolución de la figura del dios griego Cronos (y su par latino Saturno) mediante el estudio de algunas representaciones poéticas y pictóricas —estas últimas acompañadas de útiles e interesantes epígrafes que permiten su comprensión—. El estudio de las representaciones le permite mostrar el avance de la perspectiva propia del creacionismo de las tres religiones del libro en la percepción occidental del tiempo. Con mayor atención al cristianismo que a las otras, reflexiona sobre la forma en la que la percepción agustiniana del tiempo lineal de la creación se difunde por oposición a la anterior concepción pagana, a la que le hubiera resultado imposible la comprensión de la linealidad.

Con el apartado “Todo es temporal” se da inicio a la parte del ensayo en la que predomina el nivel de la concepción científico-filosófica, que si bien había sido atendido marginalmente en el

marco de las indagaciones sobre el tiempo circular en la antigüedad o la linealización agustiniana, a partir de esta fase adquiere relevancia mayúscula en el texto. El estudio se centra, a través de una relectura de la Revolución Científica que sigue muy de cerca la interpretación de A. Koyré, en el avance del mecanicismo y en la consecuente incorporación del tiempo como parámetro fundamental para el desarrollo de teorías científicas. Para retratar este avance, recorre aspectos de las obras de autores típicamente referidos como Descartes, Boyle, Copérnico, Brahe y Kepler. En el mismo sentido, transcurre el siguiente apartado, “Isocronismo perfecto”, donde además de señalar los aportes de Galileo, Huygens o Newton, integra a la técnica de la medición del tiempo y señala la relevancia socioeconómica del avance del conocimiento astronómico a propósito del problema de la determinación de la longitud, de especial relevancia para la navegación marítima. Lo propio hace a propósito de los desarrollos que tuvieron lugar desde fines del siglo XVII, con un recorrido sobre Leibniz, Hume, Kant, Laplace, Mach, Einstein y Rusell en los apartados “Un antes y un después”, “Tiempo eléctrico, tiempo-luz, tiempo del pensamiento”, donde además de señalar los avances en la física y en la filosofía, realiza menciones a la biología (con Darwin), a la psicología (con Fraisse y Piaget), a la sociología (con Elías) a la literatura (con Proust) y a la pintura (con Dalí); en este caso, el correlato económico-social se da a propósito de la medición del tiempo para el desarrollo del transporte y las comunicaciones en los siglos XIX y XX.

En la antología de la segunda parte del libro, nos encontramos con fragmentos de origen y naturaleza muy diversos (aunque con una preponderancia de los de corte científico-filosófico), todos referidos aunque sea brevemente en el desarrollo de la primera parte del libro. Cuenta con fragmentos de Platón, Aristóteles, la Biblia, Agustín de Hipona, Copérnico, Galileo, Newton, Hume, Kant, Mach, Bergson, Poincaré, Einstein, Proust, Piaget, Fraisse y Elías. En la mayoría de los casos, los textos son en sí mismos aportes de la ciencia o la filosofía al desarrollo de una nueva concepción; aunque hay excepciones como la de Proust, donde se busca una manifestación de un cambio que tuvo lugar a propósito de otros autores que no figuran en la antología (como Husserl, Heidegger o Freud). Todos los fragmentos recogidos en la antología se encuentran precedidos de una introducción en la que Redondi señala el aporte del texto en cuestión y la forma en la que se integra en el conjunto. Asimismo, cuenta con notas al final que, por lo general, apuntan no tanto a una exégesis del texto como al esclarecimiento de cuestiones técnicas que pueden no ser

conocidas por el lector.

La estructura del libro se completa con una bibliografía general sobre el tema (en la que volúmenes editados con posterioridad a la década del 80 son la excepción), un índice de láminas y un índice onomástico, todo lo que aporta a que el libro tenga una función de referencia para quienes se inician en el estudio del tema. Por último, y por gentileza editorial, cuatro páginas en blanco con la única leyenda que indica “Anotaciones”, que sugiere que el libro es un inicio en la indagación sobre los temas y una invitación a la reflexión sobre los mismos.

Este libro constituye un aporte. Si bien no por ser una profundización sobre un tema particular, sí por buscar sintetizar e integrar temas vinculados con el tiempo generalmente abordados de manera desagregada en el marco de las investigaciones particulares a las que los historiadores de la ciencia, de la técnica, de la cultura, de la filosofía o del arte nos tienen acostumbrados.

Aun así, resulta conveniente señalar que los esfuerzos de síntesis parecerán insuficientes al lector que busque conclusiones categóricas sobre las formas de interrelación entre los diferentes niveles estudiados o sobre la forma de vincularse de estos tres niveles con otros aspectos de las realidades sociales en las que se desarrollaron. Sobre lo primero aparecen algunas hipótesis (como puede ser la inspiración que encontró la ciencia moderna en la técnica mecánica utilizada para los relojes) y sobre lo segundo algunas impresiones (como puede ser el señalamiento al pasar de la posible vinculación entre el aumento de la relevancia de los relojes y el desarrollo de la actividad mercantil y productiva), pero claramente no hay una preocupación del autor por delimitar de manera acabada las formas en las que los distintos órdenes de lo social influyeron en cada momento sobre los cambios en la concepción del tiempo.

No obstante lo anterior, el autor cumple su objetivo —mucho más humilde— de brindar elementos para que el lector pueda iniciarse en el tema; y lo hace con creces en un texto que, por otra parte, presenta una singular virtud: la de escribir una *historia*, y nada menos que del tiempo, que logra escapar exitosamente al imperativo historiográfico de la secuenciación diacrónica.